



# MARXISMO PARA LATINOAMERICANOS

Discurso pronunciado en la Universidad de San Andrés, en La Paz, Bolivia, en Enero de 1970. Publicado en la revista *Izquierda Nacional*, Buenos Aires, Enero de 1971.

## COMPAÑEROS:

A pesar que estamos viviendo un crítico episodio de la Revolución boliviana, en el marco del drama de América Latina, mi exposición de esta tarde no se propone poner el acento en los factores emotivos que habitualmente sustituyen el análisis. Por el contrario, me propongo hacer una exposición reflexiva, destinada a poner de relieve la importancia del marxismo como un instrumento necesario, imprescindible, para conocer antes de actuar. Comencemos por decir que si es necesario reiterar algunos de sus principios esenciales para inteligir los procesos políticos vivos es justamente porque nosotros, los latinoamericanos, todavía somos coloniales. Pero no somos coloniales pura y exclusivamente por la subordinación económica que se refleja en los cuadros estadísticos de los minerales, haciendas o frutos naturales que exportan nuestras economía unilaterales. En este caso somos coloniales porque también hemos asumido las doctrinas revolucionarias bajo la forma de otra dependencia. De este modo, debemos decir que el marxismo como teoría y práctica de la liberación debe ser liberado, a su vez, y los emancipadores deben emanciparse.

La grande Europa nos envió entre los variados productos de su ingenio, su mayor proeza intelectual: nos envió el pensamiento marxista. Pero lo recibimos como un producto terminado y así lo adoptamos, sin adaptarlo a nuestras particulares condiciones históricas y sociales. De ahí que sea necesario, en consecuencia, reconquistar el marxismo para los latinoamericanos. Por eso se impone emancipar al marxismo de la tutela europea que le imprimió históricamente su sello, para que pueda cumplir su papel de doctrina emancipadora. Naturalmente, esa tarea no es algo abstracto, sino que se vincula con los problemas ardientes que nos rodean aquí, en Bolivia y en América Latina. Cuando una doctrina se transmuta en actos aparece la política. Y la política es la única

actividad productiva nacional que el imperialismo ha dejado a los latinoamericanos, porque se ha reservado para sí mismo todas las restantes. La política domina la vida latinoamericana, justamente porque es el resultado de su atraso histórico, atraso que empuja hacia la política a inmensos sectores de la población, conscientes de que sólo ella puede poner fin a ese atraso. Cuando hablo de política, naturalmente me estoy refiriendo a la síntesis general de toda la actividad social y, en América Latina, a la política revolucionaria. Es obvio que para hacer política revolucionaria el marxismo se revela como el factor civilizador por excelencia.

Por el contrario, cuando el atraso latinoamericano promueve a la acción pública al nacionalismo, las debilidades de este último se ponen de manifiesto en aquellos casos en que la política nacionalista aspira a reproducir las condiciones históricas del desarrollo capitalista burgués europeo en las condiciones de atraso latinoamericano, e intenta a veces formular la hipótesis de que, de la misma manera que en Europa el capitalismo logró consolidarse como régimen económico y social, también entre nosotros y en nuestra época las revoluciones nacionales o populares que se producen podrían instaurar los puntos de partida de un capitalismo análogo al europeo, capaz de ofrecernos a los latinoamericanos las mismas ventajas que el capitalismo europeo ofreció al viejo mundo en los últimos siglos. Como resultado de esta perspectiva profundamente errónea, los teóricos del nacionalismo tienden a someterse, por su parte, a los criterios sociológicos y económicos de corte tecnocrático, que el propio imperialismo ha forjado para imbuir de ilusiones las reivindicaciones nacionales de nuestros pueblos. Por esa razón aparecen frecuentemente en los regímenes nacionales y populares de la América Latina criterios «desarrollistas» y expertos internacionales generalmente más diestros en su autodesarrollo que en el desarrollo inicial.

Conviene, pues, retornar a los puntos de vista del marxismo en la medida en que el marxismo enseña —o debería enseñar— a pensar con precisión, si es que hablamos de un marxismo genuino, vivo y en desenvolvimiento, no concluido, y nutrido de la realidad específica de América Latina. Pero al mismo tiempo es necesario tomar distancia ante el peligro de su sacralización, y de un respeto servil que impida justamente lograr lo que el marxismo se propone: la independencia, la soberanía espiritual y social del pueblo latinoamericano y de la humanidad en general. Recordemos que

Marx fue un europeo genial, pero europeo al fin, condicionado por el estado de los conocimientos, los códigos éticos, los prejuicios de su época y la cultura general de la Europa del siglo XIX. Nosotros no podríamos seguir a Marx en todo cuanto escribió y pensó a lo largo de su vida prodigiosa. Naturalmente que no podríamos seguirlo, por ejemplo, en sus opiniones sobre Bolívar. Según se sabe, Marx juzgaba a Bolívar como un «miserable canalla» al que no podría compararse nunca con Napoleón I, —un militar que habría sido derrotado en todas las batallas que libró, salvo aquellas en que sus oficiales ingleses salvaron la suerte del combate—. Esa era la opinión de Marx, pero no es la nuestra. Marx opinó también, con cierta extensión, en sus estudios sobre la penetración británica en la India, que el capitalismo inglés del siglo XIX, al destruir las viejas artesanías hindúes mediante la introducción del ferrocarril y los artículos manufacturados en Gran Bretaña, creaba las condiciones técnicas para la incorporación de la India a la producción capitalista. En otros términos, que la destrucción de la economía natural hindú, por la circulación de mercancías importadas, suponía el desarrollo del capitalismo hindú y no la anexión de la India al mercado mundial como provincia agraria colonial, que es lo que en realidad ocurrió.

Desgraciadamente, un siglo más tarde, tanto los estalinistas como algunos trotskistas llegaron a decir en América Latina que efectivamente la penetración del capital extranjero había resultado beneficiosa para la expansión del capitalismo y que, en consecuencia, fue progresiva. Resultaba así que el error de apreciación de Marx, que no había llegado a comprender las particularidades del capitalismo financiero (Marx murió en 1881, al comienzo de la década en que hace su aparición el imperialismo contemporáneo), iría a facilitar y a justificar la capitulación teórica y política de seudomarxistas que carecían, después de Lenin y Trotski, de toda justificación para tales aberraciones. Pues, en efecto, en tiempos de Marx parecía legítimo esperar que en la carrera triunfal del capitalismo metropolitano europeo hacia los continentes periféricos, esa expansión de las fuerzas productivas originase la implantación del régimen de producción capitalista en todo el planeta y, a su vez, la formación de un proletariado mundial capaz de poner fin a la dominación de ese régimen. Pero cien años más tarde, a la luz de la experiencia china, rusa, cubana o europea, era totalmente evidente que se habían creado dos mundos históricos y sociales opuestos:

los países opresores y los países oprimidos. Justificar «teóricamente» en el siglo xx la «progresividad» de la penetración extranjera —que en el siglo xix era sólo un error de perspectiva— no es sino la justificación de la política imperialista que saquea a los pueblos débiles. Tampoco en este caso, como en su juicio acerca de Bolívar, podríamos coincidir con Marx. Las condiciones peculiares de su época permiten explicar, sin embargo, las causas que impidieron al genial pensador revolucionario percibir el verdadero papel que iría a desempeñar el imperialismo inglés en la sociedad hindú. Si bien es cierto que esa penetración aceleraba el crecimiento del capitalismo británico, ahogaba al capitalismo de la India. Si los ingleses destruían las milenarias artesanías de la India, no las reemplazaban por una moderna industria textil, metalúrgica o papelera instalada en suelo asiático, sino que abastecían ese gigantesco mercado por los productos terminados fabricados en Gran Bretaña. En esta relación dependiente, la India se constituía en un suplemento agrario de la industria británica, en la reserva de soldados coloniales como carne de cañón en las aventuras bélicas del Imperio y en el país trágico que hizo célebre la palabra «cipayo».

Consideremos ahora la juventud y envejecimiento del «Manifiesto Comunista». El propio Marx ha enseñado que el pensamiento revolucionario «no se detiene ante nada», ni siquiera ante sus propias manifestaciones teóricas susceptibles de rectificación o enriquecimiento. El poder analítico del marxismo debe ser empleado también sobre las propias conquistas intelectuales del marxismo. Cuando leíamos de jóvenes el «Manifiesto Comunista» aprendimos una de sus frases más memorables: “los obreros no tienen patria”. ¿Pero esta frase revestía el mismo significado para nosotros, latinoamericanos, que para los europeos? No, por supuesto. Los obreros no tienen patria en aquellos países en que, como los del Viejo Mundo, se ha realizado hace mucho tiempo la revolución nacional burguesa; en aquellos países que constituyeron victoriosamente la nación, consolidaron sus fronteras, se emanciparon del pasado feudal y alcanzaron los grados más altos de la civilización y la cultura. Justamente por esa razón, en esos países donde la burguesía realizó históricamente todos sus fines y estableció el régimen capitalista que ya ha comenzado su decadencia, la nación comienza a perder su justificación histórica, las fronteras se vuelven obstáculos para la expansión de las fuerzas productivas y la necesidad de los Estados Socialistas Unidos de Europa se acerca con fuerza inocultable para

mantener y aumentar mediante el socialismo el progreso obtenido otrora por medio del capitalismo. En ese sentido, la patria ha dejado de ser para los obreros europeos una meta a defender, y es, por el contrario, el pretexto burgués para desatar guerras interimperialistas, o aplastar, si llega el caso, a la clase trabajadora.

¿Ocurre lo mismo en América Latina? ¿Es legítimo aplicar en suelo latinoamericano la famosa frase del «Manifiesto Comunista»? ¿Podemos decir que para los obreros de Bolivia, por ejemplo, la patria carece de importancia y es indiferente su defensa? Más rigurosamente, ¿cuál es el enemigo de la patria en Bolivia y en América Latina?; ¿quién amenaza su soberanía territorial, económica, política, cultural? Sabemos bien que ese enemigo es el imperialismo. De esto se deduce que negarse a defender la patria invocando el «Manifiesto Comunista» es aliarse con frases de izquierda con el imperialismo extranjero, que tampoco reconoce la idea de patria en los pueblos que desea dominar.

Invirtiendo el concepto podríamos decir que los obreros latinoamericanos carecen de patria —en el sentido de que el imperialismo se las ha usurpado—, y que se impone expulsar definitivamente al imperialismo para que los latinoamericanos readquieran su patria. Porque en los países latinoamericanos, que son simples partes de una nación no constituida de la América bolivariana, la lucha por la unidad nacional es una lucha del presente, no algo que está en el pasado o en el porvenir. Para los trabajadores y las clases medias de la América Latina, la lucha por la unidad de América Latina significa la lucha por la reconquista de la patria perdida, sólo posible por la expulsión del imperialismo. Así podrán crearse las condiciones para el desenvolvimiento de una civilización y una cultura análogas o superiores a las obtenidas por la historia europea en los últimos siglos. De manera que, ideas que para los revolucionarios de las grandes naciones capitalistas revisten una importancia decisiva, resultan ser abiertamente contrarias a los intereses de la revolución en América Latina. Hechas estas precisiones, debemos recordar que la obra de Marx no ha pasado a la historia por la suma de sus errores, sino, por el contrario, como un penetrante instrumento de análisis capaz de volverse críticamente hacia algunos aspectos de su propio creador, involuntario homenaje de todos sus discípulos verdaderos. No es obvio señalar a este respecto que el propio Marx proporcionó los datos fundamentales para entender las relaciones entre las grandes potencias y las pequeñas naciones

que aquéllas subyugan: ése fue el significado de sus observaciones acerca de Gran Bretaña e Irlanda, o de Rusia y Polonia. Según Marx, la cuestión no consistía en esperar que el proletariado inglés realizase su revolución socialista para que los irlandeses lograsen emanciparse del yugo inglés. Antes bien, advirtió que solamente cuando los trabajadores y patriotas de Irlanda se librasen de la Inglaterra imperialista podría el proletariado inglés adquirir la conciencia de clase que le faltaba. Despojada de su colonia tradicional, Inglaterra ya no podría corromper a sus obreros con las migajas del festín colonial. En ese caso, los trabajadores británicos perderían al fin las ilusiones imperialistas y los prejuicios patrióticos reaccionarios que alimentaban contra los explotados trabajadores irlandeses, y se moverían hacia la lucha contra su propia burguesía. De este modo, Marx enseñaba que la lucha nacional abría forzosamente la vía a la lucha socialista, se enlazaba con ella, y si era inevitable pasar por ella en los países dependientes, muchas veces era la palanca exterior para el socialismo en los países avanzados.

Tal criterio tendría una importancia definida en el pensamiento de su discípulo más notable. Fue Lenin precisamente quien elaboró la política nacional del proletariado en los países atrasados. Pero como en el caso de Marx, las tesis de Lenin sobre la táctica revolucionaria en los países atrasados llegaron mal o no llegaron. En nuestras tradiciones políticas había prevalecido, con la complacencia del imperialismo, la leyenda de un Marx o un Lenin tan universal o europeo que nadie podía siquiera inferir de sus textos una interpretación más o menos ajustada a la peculiar realidad latinoamericana. Del mismo modo, el pensamiento de los economistas burgueses fue seleccionado hábilmente por el imperialismo. Entre nosotros la influencia de Adam Smith fue decisiva, pues las oligarquías exportadoras necesitaban tanto como el imperialismo de las doctrinas librecambistas. Alejandro Hamilton o Federico List, en cambio, teóricos del proteccionismo burgués, cuyas ideas mejor se adaptaban a las necesidades de sociedades jóvenes en las que apenas nacía un capitalismo incipiente, fueron descartados en las enseñanzas de las Universidades: era evidente que las oligarquías agrarias frenaban la formación de burguesías industriales y que la enseñanza universitaria, repleta de «moralistas», abogados, médicos, repetidores y filósofos reflejaban dócilmente a las clases dominantes antiindustriales de la semicolonía.

Resultaba imprescindible al imperialismo que los latinoamericanos fuésemos librecambistas y no proteccionistas; de la misma manera, en el campo de las ideas supuestamente revolucionarias, los jóvenes eran educados en los conceptos puramente internacionalistas desprendidos del pensamiento de Marx o Lenin, pero no en aquellos textos de los maestros que podrían inducirnos a descubrir la peculiar relación entre metrópoli y colonia, y a desprender de ella todas las consecuencias políticas de la tragedia nacional de América Latina.

Y bien! Sea por la vía directa del imperialismo, sea por conducto de la supuesta tradición ideológica de un marxismo europeizado, el conjunto del pensamiento de izquierda latinoamericano fue deformado y adulterado, fue un pensamiento colonial y dependiente. Por esa razón, durante mucho tiempo se consideró la cuestión de las clases sociales en América Latina con los patrones de las sociedades europeas más evolucionadas. Y no voy a establecer aquí ninguna distinción entre las diversas corrientes socialistas, marxistas, rusófilas, trotskistas o chinófilas, sino a referirme en general a la tradición de izquierda que todavía hoy en América Latina ha inmovilizado el pensamiento marxista en categorías ultraizquierdistas puramente verbales y resacas, en completo olvido de la médula de las ideas de Lenin. Esta situación, bien lo sabemos, ha acarreado consecuencias trágicas al movimiento revolucionario. Una glorificación neosoreliana de la violencia abstracta ha sustituido al pensamiento y la acción leninistas. El pensamiento mágico, fosilizado en fórmulas técnicas excluyentes, reemplaza aquí a la reflexión política.

Sólo recordaré, compañeras y compañeros, que el concepto central de Lenin con respecto a la cuestión nacional era éste: «¿Cuál es la idea más importante y fundamental de nuestras tesis? —decía—. La distinción entre pueblos oprimidos y pueblos opresores. Subrayamos esta distinción en oposición a la IIª Internacional y a la democracia burguesa.»

Obsérvese bien, Lenin dividía al mundo contemporáneo en naciones oprimidas y naciones opresoras, no sólo entre burguesía y proletariado, sino también entre grupos de naciones diferentes, clasificados por diversos niveles de desenvolvimiento histórico y social. Entre ese apéndice del Asia llamado Europa, brillante y refinado y que contaba con las primicias de la civilización, y el resto del mundo colonial y semicolonial, se abría un abismo eco-

nómico, cultural y social. Estos últimos eran atrasados porque los europeos eran civilizados. La civilización de Europa se fundaba en el atraso del resto del globo. En consecuencia, los marxistas debían comprender que el antagonismo de clase puro, típico en los países avanzados, tendía a disminuir en los países atrasados, precisamente porque el imperialismo había impedido su pleno desenvolvimiento y la aparición de clases perfectamente diferenciadas y opuestas, según el modelo ofrecido por el capitalismo analizado por Marx en *El Capital*. Esto significaba que en las luchas políticas del siglo xx se introducían problemas que Europa había solucionado en los siglos xvii, xviii y xix, pero que permanecían actuales para los pueblos coloniales de nuestra época. Esto no significaba que estos pueblos tuviesen que resolver pura y simplemente problemas de tipo nacional, como la unidad del Estado, la situación semiservil del indígena y la cuestión agraria. Significaba que, si estos problemas de la sociedad precapitalista debían ser resueltos a fondo sólo por el socialismo y por el proletariado a la cabeza de las masas populares, no era menos cierto que la magnitud numérica del proletariado en los países atrasados —entre otras razones— obligaba a los verdaderos militantes marxistas a considerar, en primer plano, las formas políticas de una acción tendiente a unir bajo la conducción de la clase obrera a todas las clases no proletarias en torno a banderas nacionales, incluyendo también a parte de las fuerzas armadas y de la pequeña burguesía comercial o industrial, aplastada por el imperialismo extranjero. En los países atrasados, en fin, existía la lucha de clases y la lucha nacional. Este punto de vista fue subrayado repetidas veces por Lenin para que los marxistas de los pueblos coloniales supiesen establecer las diferencias tácticas necesarias en sus respectivas luchas contra el imperialismo extranjero.

León Trotsky, el organizador del Ejército Rojo, que tuvo la oportunidad de conocer América Latina en sus últimos años, antes de ser asesinado en México por un agente de la policía política de Stalin, escribió lo siguiente: «El imperialismo sólo puede existir porque hay naciones atrasadas en nuestro planeta, países coloniales y semicoloniales. La lucha de estos pueblos oprimidos por la unidad y la independencia nacional tiene un doble carácter progresivo. Pues por un lado prepara condiciones favorables de desarrollo para su propio uso, y por otro asesta rudos golpes al imperialismo. De donde se deduce en parte que, en una guerra entre la República democrática imperialista “civilizada” y la monarquía

bárbara y atrasada de un país colonial, los socialistas deben estar enteramente del lado del país oprimido a pesar de ser monárquico, y en contra del país opresor por muy democrático que sea.» A pesar de ser el verdugo de la Revolución Rusa, Stalin escribió, bajo la directa inspiración de Lenin, un librito muy interesante y que se puede leer con provecho. Stalin también fue un revolucionario en sus comienzos y el trabajo que comento así lo prueba. Se titula *El marxismo y la cuestión nacional y colonial*. Coincidiendo con el pensamiento de Trotski que acabo de leer, dice Stalin: «La lucha de los comerciantes e intelectuales egipcios por la independencia de Egipto es, por las mismas causas, una lucha objetivamente revolucionaria, a pesar del origen burgués y la condición burguesa de los líderes del movimiento nacional egipcio y a pesar de que están en contra del socialismo. En cambio, la lucha del gobierno laborista inglés por mantener la situación de dependencia de Egipto, es, por las mismas causas, una lucha reaccionaria, a pesar del origen proletario y de la condición proletaria de los miembros de ese gobierno y de que son partidarios del socialismo.» Y agrega Stalin: «Lenin tiene razón cuando dice que el movimiento nacional de los países oprimidos no se debe valorar desde el punto de vista de la democracia formal sino desde el punto de vista de los resultados prácticos dentro del balance general de la lucha contra el imperialismo.»

Stalin quiere decir que carecen de importancia las formas externas (por ejemplo que la lucha nacional la lleve a cabo un rey o un general). La cuestión debe juzgarse a la luz del enfrentamiento leal de un país colonial determinado con el imperialismo extranjero que lo oprime. Si un monje medieval nacionaliza la Gulf estamos con el monje medieval y no con un izquierdista que afirma que es preciso esperar a que llegue el socialismo para nacionalizar la Gulf. Ahora bien, nosotros estamos resueltos a aprovechar de Occidente todo lo que Occidente pueda ofrecernos. En primer lugar, la lengua castellana, que es lo único o lo más importante que nos dejó España. Pero esta herencia es preciosa, porque al fin y al cabo estamos usando un instrumento de conocimiento de Occidente, que nos coloca para liberarnos en una situación mejor que aquella en que los holandeses colocaron a Indonesia después de cuatro siglos de explotación colonial.

La civilizada Holanda impidió que la lengua holandesa se generalizase entre los 100 millones de habitantes de Indonesia. Era sólo la lengua de los amos extranjeros y los capataces. Confinaron a la población nativa al empleo de la lengua popular tradicional, el malayo. Pero al mismo tiempo no crearon —e impidieron que se crease— una estructura educacional y una vida cultural capaz de elevar al malayo a la creación de una literatura nacional, y a su enriquecimiento con los vocablos nacidos del desarrollo científico y tecnológico de los últimos cuatro siglos. Esta deliberada reducción a la barbarie nos fue evitada a los latinoamericanos por España. Esto nos debe permitir, asimismo, aceptar o rechazar libremente, según lo dicten nuestros intereses nacionales, cuanto Occidente desee enviarnos. Cuando los guerrilleros indonesios expulsaron del suelo natal en 1945 a los vampiros de Holanda, los gobernantes nacionalistas debieron introducir por primera vez a la lengua malaya las palabras «automóvil», «átomo», «tecnología» y muchas otras. Nosotros, los latinoamericanos, no necesitamos introducir a nuestra lengua castellana vocablos nuevos, sino redefinir los que ya conocemos y propagar el castellano hacia aquellos núcleos del pueblo latinoamericano que aún no lo habla y escribe. Debemos redefinir las palabras decía, pues ellas pueden ser armas que nos liberen de la esclavitud. Así, nos resistimos a aceptar los juicios de Marx sobre Bolívar o algunas de las opiniones de Trotski o Engels sobre la América del Sur. Ustedes saben que existe en español una edición de las obras completas de Lenin, de origen soviético. Las ediciones soviéticas tienen la maravillosa cualidad de cambiar constantemente, evitando el hastío y modificando sin cesar la visión del pasado histórico. La historia deja de ser así algo rutinario y verdadero, para transmutarse en leyenda o poesía, según sea la camarilla que en ese momento gobierna en la Unión Soviética. En el caso de Lenin, la última edición permite leer textos antes omitidos, pero sobre todo advertir en sus índices analíticos que el gran revolucionario (primero convertido en objeto de culto y luego enterrado bajo la mole de cuarenta volúmenes, que es una nueva manera de volverlo un autor inédito) se había referido en toda su vida sólo unas cinco o seis veces a los países de América del Sur. Si se examinan más de cerca las referencias, se verá que las observaciones de Lenin acerca de nuestros países son generalmente menciones en columnas estadísticas. Pues Lenin, según es bien sabido, consagró todos sus esfuerzos al estudio de la realidad de Rusia y esa es la mejor lección

que podemos extraer de su obra impar: que los latinoamericanos estudien Latinoamérica y redefinan los términos de la ideología del marxismo a la luz de su propia realidad. En cuanto a Trotsky, en su *Historia de la Revolución Rusa*, dice que «las revoluciones crónicas de las repúblicas latinoamericanas nada tienen que ver con la revolución permanente. En cierto sentido, constituyen su antítesis».

¡Son asonadas vagamente tribales, o neurosis propias de las tierras calientes! Nosotros, naturalmente, rechazamos este juicio, e intentamos librarnos de los errores de los grandes maestros del socialismo para aprovechar tan sólo sus históricos aciertos. Si el marxismo es la culminación suprema de toda la cultura de Occidente, debemos apoderarnos críticamente de él y convertirlo en un instrumento idóneo de nuestra propia liberación. Pero no lo deseamos en modo alguno para remachar nuestra dependencia. Así hemos descubierto que muchos de los grandes problemas aparecidos en América Latina después de 1930 no estaban respondidos en los textos sagrados. Y como no lo estaban, los izquierdistas tradicionales de cualquiera de las vertientes conocidas no se aventuraban por la «tierra incógnita» de la realidad y de la historia viva cotidiana. Como doctores de la Iglesia, se aferraban a ciertas frases de los maestros para inmovilizar la historia, para cristalizarla y para no incurrir en heterodoxia. Naturalmente, esto hace que la historia discurra al margen de sus aforismos viejos y polvorientos, y nos muestre formas nuevas, inesperados saltos y cambios bruscos.

Debemos internarnos, en consecuencia, en esa tierra incógnita y esforzarnos por descubrir, nosotros, los marxistas, mediante las categorías de Marx, cuál es la verdadera estructura de clases en América Latina, cuáles son sus sectores vivos y constituyentes, y cuáles son los deberes políticos prácticos que los revolucionarios debemos adoptar ante estas variantes sorprendentes de una realidad que no está, por fortuna, cristalizada ni inerte, sino que es una realidad nacida de una historia en realización. Cuando el año antepasado se produjeron en Europa las rebeliones estudiantiles, Europa entera rechinó sobre sus goznes y los editores se apresuraron a publicar todo género de interpretaciones sobre los movimientos estudiantiles. Todavía están viviendo de ese despertar y de esa movilización obrera. Tengan en cuenta que en Francia la última huelga con ocupación de fábricas se había producido en 1934, para no hablar de Holanda, cuya última huelga general fue en 1903. Fíjense ustedes si podemos asimilar miméticamente la situación

de América Latina con la de Europa. Nosotros, precisamente por nuestro atraso, estamos en la avanzada revolucionaria y la nuestra es una historia en movimiento.

Pero nuestra dependencia asume rasgos tan grotescos, que desde 1968 proliferaron en América Latina izquierdistas, profesores y hasta «marxistas» que se quejan entre nosotros de los males de la «sociedad de consumo». Estos papagayos del trópico, enfermos de literatura francesa, ignoran todavía que si los estudiantes de París combatían contra la «sociedad de consumo», los estudiantes y obreros de América Latina luchan por ella, pues es el subconsumo nuestro flagelo. ¡No estamos hartos de consumir sino de no consumir!

Marx había sostenido que el desarrollo de las fuerzas productivas del capitalismo puro que él estudiaba en las condiciones de la Inglaterra victoriana, debían, necesariamente, llevar a la polarización de la riqueza en un extremo y a la pauperización incesante de la clase obrera en el otro extremo. Además, el empobrecimiento creciente de la clase media le destinaba a incorporarse al reducido núcleo de plutócratas en una sociedad altamente desarrollada, o disolverse en la masa de los desposeídos situada en el otro polo social. Llegado cierto punto del desenvolvimiento de las fuerzas productivas, la masa de los desposeídos y pauperizados, de los proletarios, de los expropiados, expropiaría a los expropiadores. En consecuencia, el conjunto de la sociedad, que había llegado hasta un alto nivel de evolución tecnológica y científica, debía limitarse a expropiar un reducido número de magnates, socializar los medios de producción y de cambio, e instaurar la dictadura del proletariado como régimen de transición hacia el socialismo. Como ustedes ven, esta perspectiva de que la revolución iba a brotar en los centros del capitalismo más desarrollado del planeta, esa perspectiva de Karl Marx, no se verificó. Por el contrario: las revoluciones del siglo xx no estallaron en los centros altamente civilizados, sino que se produjeron en los centros marcadamente incivilizados. No estallaron en la Europa burguesa, barra y refinada, sino que se manifestaron en las márgenes del planeta, en los pueblos sin historia. Estallaron en los focos de la barbarie y no en los focos de la civilización. Esa es la historia de todas las revoluciones ocurridas desde la Revolución Rusa de 1917. Se trata de un tema que, como ustedes saben, no ha sido objeto de las meditaciones de los marxistas latinoamericanos. De los europeos no hablo, pues Europa, a

este respecto, es un inmenso cementerio teórico. Hablo de lo que nos concierne directamente. Es curioso comprobar que los marxistas latinoamericanos no han reflexionado acerca del hecho de que las previsiones estratégicas de Marx no se realizaron allí donde él había fijado su ojo genial, sino allí donde él suponía que el socialismo sería la consecuencia incruenta del triunfo revolucionario de la Europa civilizada, capaz de arrastrar por su solo ejemplo hacia el nuevo orden social a las antiguas colonias y semicolonias. Éstas llegarían al socialismo, sin pasar por los dolores del capitalismo, según la esperanza de Marx. Nada de eso ocurrió. La Revolución Rusa estalló, en opinión de Lenin, en el eslabón más débil de la cadena imperialista mundial, es decir, en el imperio de los zares, esa especie de monstruosidad prediluviana que sobrevivía todavía en las primeras dos décadas de este siglo; esa cárcel de pueblos donde el Jefe del Estado era al mismo tiempo jefe de la Iglesia Ortodoxa, numen de la Policía Secreta y, simultáneamente, un idiota clínico.

Pero si alguien pudiera haber quedado estupefacto ante el triunfo de la revolución en el imperio zarista, ese alguien sería Marx, porque la Rusia bizantina de 1917 era todo lo contrario del modelo de desenvolvimiento tecnológico, cultural y civilizado que según los maestros del socialismo debía ser el prerrequisito material de toda revolución socialista. Se había roto el eslabón del capitalismo justamente en las fronteras entre Asia y Europa, esto es, en la sociedad cosaca apenas bañada por la Ilustración.

Esa revolución realiza, ante todo, tareas de Revolución Nacional, como cabía esperar por su grado de atraso. En el mismo sentido, el régimen capitalista mundial, conmovido por los horrores de la segunda guerra imperialista, ve propagarse por el mundo colonial otra onda de revoluciones nacionales y antiimperialistas, nuevamente en las márgenes, en las fronteras históricas de «pueblos bárbaros». Triunfa la Revolución China, largamente preparada a lo largo de cuarenta años de luchas incesantes (no como creen los chinos de aquí sino como saben los chinos de allá), y logra arrancar a la hipocolonia china de las garras del imperialismo occidental. Pero si triunfa, es como revolución nacional, es decir, como una revolución que tiene como tarea inmediata la unidad nacional territorial de China, y una tarea democrática, la revolución agraria. Naturalmente, Mao no realiza ambas tareas con dos frases, según se acostumbra a hacer las revoluciones en ciertos cafés de América Latina, sino a través de un combate teórico, políti-

co y militar inquebrantable, a lo largo del cual pacta con grandes terratenientes contra los japoneses, con Chiang contra los grandes terratenientes, con los pequeños dueños de tierras contra los grandes, con la burguesía industrial contra los dueños de tierras y con algunos señores de la guerra contra todo el resto de la vieja sociedad china. A lo largo de esa larga lucha, el patriotismo chino que llega a encarnar Mao, se impregna cada vez de medidas, avances y terminología socialista. Es un proceso contradictorio, tenaz y complejo. La relación entre las tareas nacionales y democráticas y las perspectivas socialistas de China constituye una gran lección para aquellos izquierdistas bolivianos y latinoamericanos que no saben distinguir los elementos ya socialistas que hay en toda lucha nacional de Bolivia.

Si nos fijamos en otras revoluciones vemos que no existió, ni existe, ni podrá existir, lo que los sabios palabreros llamarían una tipología única en materia de revoluciones. Todas son diferentes, como corresponde a un proceso nacido bajo determinadas particularidades nacionales. Ninguna revolución se parece a otra, ni la Revolución Rusa admite una asimilación mecánica con la Revolución China, ni ésta con las que llegó a asumir después de veinte años la revolución de Vietnam, ni con las especificidades de la revolución cubana, ni, mucho menos, con los peculiares modos políticos de los regímenes de Europa oriental. En estos últimos se transformaron las relaciones de producción existentes en la preguerra y desaparecieron las putrefactas dinastías balcánicas, no por obra de la acción revolucionaria popular, sino mediante la intermediación de las bayonetas del Ejército Rojo. Al avanzar hacia el Oeste, en las últimas etapas de la guerra contra Hitler, los soviéticos exterminaron desde arriba los viejos regímenes monárquico terratenientes y entregaron el poder a los débiles Partidos Comunistas de cada uno de esos países. La excepción fue Yugoslavia, donde el Partido Comunista de ese país efectivamente asumió la dirección de la lucha nacional contra las bandas de Hitler, y ganó por sus propios méritos los derechos al poder. La deformación burocrática de los restantes Estados puede encontrar una parte de su explicación en el hecho que acabo de señalar.

No pretendo esta noche trazar un cuadro detallado de todas las revoluciones contemporáneas, lo que sería imposible, sino llamar la atención sobre la originalidad que lleva en sí misma toda revolución verdadera. Precisamente por esta razón es que despertó

mi curiosidad leer en la prensa boliviana de estos días que algunos ministros disertan sobre cuál es el modelo de la Revolución Boliviana, y lógicamente toman prestados modelos de la sastrería sociológica de otras partes. Se dice, entonces, que la Revolución Boliviana ha adoptado tal o cual modelo, sea éste el de capitalismo nacional, bismarkiano o cualquier otro. Todavía no se sabe y resultaría imposible —salvo para los tecnócratas que hojean libros— cuál va a ser el perfil definitivo o siquiera provisional de la Revolución Boliviana. Todo depende de la voluntad creadora y del empuje revolucionario del pueblo que intervenga en ella y la modele desde adentro, porque nada puede modelarse desde afuera, salvo muñecos de cera o planes que no se cumplen.

Tampoco tenemos nosotros un «modelito» socialista para ofrecer. Cada vez que nos han ofrecido «modelos» socialistas hemos tenido al día siguiente un gobierno proimperialista en el poder. Porque justamente, la adopción de modelos, de esquemas o fórmulas que fueron útiles para Mao, Fidel Castro o Lenin —porque las inventaron ellos para sus peculiares condiciones de lucha— aplicadas a la América Latina han resultado catastróficas, en algunos casos, suicidas, y en el mejor de ellos, erróneas. Ya los problemas internos de América Latina son de por sí bastante complejos como para que pretendamos comprenderlos aplicando a tontas y a locas experiencias producidas por otros partidos en otras épocas y bajo diferentes condiciones económicas, políticas y sociales. Debe recordarse que el rasgo más original de la situación latinoamericana, y el que debe determinar toda nuestra óptica revolucionaria, es su condición de nación fragmentada. Somos la herencia del fracaso de Bolívar y nuestros 20 Estados impotentes deberían recordarnos todos los días que no hay redención individual para cada uno de ellos. Esos 20 Estados son artificiales, a pesar de lo que creen algunos militares peruanos, que después de realizar pasos importantes en la lucha contra el imperialismo, parecen ignorar las dificultades de Bolivia y la necesidad de una confederación peruano-boliviana. Es justamente un acto de esta naturaleza lo que pondría a prueba el nacionalismo del Ejército peruano y del Ejército boliviano: cuanto más localistas, serían menos nacionalistas, y cuanto más confederales, más nacionalistas en el único sentido que para Latinoamérica posee el vocablo, que es el sentido bolivariano. Estas fronteras artificiales no fueron creadas por la naturaleza sino por las oligarquías regionales. En Bolivia, el siniestro Casimiro Olañeta, en nombre

de los encomenderos, terratenientes, propietarios de indios y de minas, que naturalmente querían disponer de su propia parroquia para continuar extrayéndole la sangre a sus indios, como en tiempos del rey, intrigó para la separación de las provincias del Río de la Plata. Fue secundado por la burguesía porteña, que no deseaba saber nada con las provincias de arriba. El candor de Sucre hizo el resto. Bolívar quedó estupefacto y aceptó el hecho consumado. Con intrigas o maniobras análogas se constituyeron Ecuador, Venezuela, la Argentina, el Uruguay, hasta llegar al Panamá de este siglo. Y estas fronteras, si bien es cierto que son artificiales, si bien es cierto que impiden un auténtico crecimiento económico y el desenvolvimiento de un gran mercado latinoamericano único, son una realidad o lo han sido hasta ahora. Dentro de esas fronteras artificiales, se constituyó en el alto Perú una forma especial de sociedad, gobernada por una combinación de clases dominantes que todos ustedes conocen, llamada la Rosca. A partir de ese hecho se generaron formas particulares de una estructura de clases, muy embrionarias, pero en las que pueden distinguirse, sea en Bolivia como en el resto de los Estados latinoamericanos, rasgos que las vinculan a sociedades mucho más evolucionadas, a sociedades capitalistas altamente civilizadas. Aquí tenemos sin duda un proletariado, pues en virtud del carácter minero de la penetración imperialista, en la semicolonial Bolivia existe un proletariado minero. También apareció un proletariado fabril, que es naturalmente pequeño, pero que sin duda tiene todas las características externas de una clase social definida. Tenemos, obviamente, un campesinado, redimido por la gran revolución de abril de 1952, que dio a Bolivia la reforma agraria. Pero este campesinado ya no se compone en nuestros días de pongos. Es un campesinado que está ingresando paulatinamente al capitalismo y que, en consecuencia, se va transformando cada vez más en una clase social esencialmente conservadora. En fin, tenemos a la vista una clase media, una clase media de la que todo el mundo habla pero acerca de la cual es necesario, por así decir, precisar sus contornos, pues es una clase social indispensable para entender la política boliviana. Esta pequeña burguesía boliviana posee rasgos que la emparentan, asimismo, con las clases similares de los grandes países modelo, aunque en un nivel insuficiente de comodidades materiales. De ahí se derivan su variabilidad política, su impresionismo característico, su inestabilidad emocional. El pequeño burgués, ya se sabe y así lo enseña el

marxismo, oscila perpetuamente entre un temor y una esperanza: el temor de degradarse hacia el proletariado, de arruinarse y de caer en sus filas, y la esperanza de incorporarse a la burguesía. Pero vean ustedes las particularidades que posee esta clase social en Bolivia, para cuidarnos en lo sucesivo de peligrosas generalizaciones. Sí, desea naturalmente, está esperanzada en huir de su inestabilidad e incorporarse a una clase social más sólida, como en Europa. Pero no la encuentra. ¡No la encuentra! Es la primera originalidad. El pequeño burgués boliviano quisiera incorporarse a la burguesía. Pero no hay burguesía. Son abogados del capital extranjero, técnicos de la Gulf, importadores de licuadoras o de aparatos de radio, y también alguno que otro industrial textil o algo parecido, que podría ser un burgués nacional. Pero un par de burgueses no constituyen una clase social. Aún en estos casos especiales, si desde el punto de vista de sus intereses verían la conveniencia de ampliar y mejorar el mercado interno, los burgueses nacionales, como individuos o como grupo empresarial, modelan su cabeza en la doctrina de *El Diario*. De ese modo, el pequeño burgués boliviano desea ascender a la clase superior pero no la encuentra. Naturalmente, tiene horror hacia la caída en el proletariado. En realidad hay tan pocas vacantes disponibles en un país semicolonial como Bolivia para ingresar al reducido núcleo de agentes oligárquicos del capital extranjero como para introducirse en el proletariado. Justamente el imperialismo traba el desarrollo industrial y en consecuencia el número de obreros. Ante una situación tan peculiar, el pequeño burgués boliviano tiene ante sí escasas oportunidades, salvo la de descender hacia la condición de *lumpenproletariat*, o proletariado andrajoso. Esa clase media de Bolivia, análoga por su débil constitución a las clases medias del resto de América Latina, se encuentra sometida a una presión insostenible. Por un lado, su destino material y espiritual está ligado al crecimiento global de Bolivia como Estado y de la América Latina como Nación. Pero no puede crecer si no rompe la arcaica estructura que ha sometido a Bolivia desde hace sesenta o setenta años a las condiciones que todos conocen.

Y al mismo tiempo está desorientado, porque en tanto es un pequeño burgués ilustrado, en tanto forma parte del sistema privilegiado de la pequeña burguesía que ha tenido acceso a la universidad o los colegios secundarios, en esta medida los caminos de la revolución que él supone necesaria para proporcionarle un futuro están obturados u oscurecidos por los libros. Porque los libros

también vienen de afuera, aunque se impriman en Bolivia o en América Latina. Privilegiada y víctima de un sistema semicolonial que le proporciona los medios culturales para adquirir una profesión pero le niega las bases materiales para prosperar con su título universitario, a la pequeña burguesía no le queda otro remedio que racionalizar críticamente su contradictoria situación. Cuando se es ingeniero y no se puede construir, cuando se es médico pero no hay suficientes pacientes para pagar la consulta, cuando se es abogado y se carece de pleitos, porque la sociedad está cristalizada en un sistema al parecer inmodificable, entonces el pequeño burgués universitario busca la respuesta en la revolución. Pero los libros arrojan arena a sus ojos. Pues vean ustedes: hay tres o cuatro editoriales en América Latina que traducen sin pausa obras sobre el desarrollo. Hay una gigantesca bibliografía sobre esta palabra célebre. Cuanto más decae el ritmo de crecimiento de América Latina; cuanto más ascienden las cifras del drama, ya que la población aumenta y las fuerzas productivas se alejan cada vez más del ritmo demográfico; cuanto más cínica es la actitud del imperialismo hacia los pueblos atrasados, más se traduce y más se publica en América Latina sobre el desarrollo. El único desarrollo que el imperialismo permite a los latinoamericanos es el desarrollo de la literatura desarrollista. Ya esta palabra ha llegado a ser una obsesión semántica. Se trata de un nuevo género de utopías burocráticas, cuyos beneficiarios todos conocemos.

Pero hay otro sector de la pequeña burguesía mal conocido por los estudiantes universitarios. Se trata del Ejército, puesto que en América Latina los sectores privilegiados de la clase media se dividen entre universitarios y militares. No hay gran diferencia entre ambos, salvo algunos aspectos de carácter profesional: son extraordinariamente parecidos.

Cuando la crisis se acentúa, sin embargo, los procesos de compenetración de militares y civiles son más rápidos. Por su antigua abundancia en proteínas, la Argentina tiene procesos menos acelerados. Pero también está llegando el momento en que ambos sectores de la clase media en actividad y no en retiro, asuman con plena lucidez la autoconciencia del destino nacional.

Felizmente, ante la pobreza tradicional de Bolivia existe la compensación de procesos más dinámicos. Así, es posible que un estudiante, movilizado a pesar de sí mismo por la Rosca para col-

gar a Villarroel, pueda enfrentarse algunos pocos años más tarde a un gobierno contrarrevolucionario. Un militar en Bolivia también sufre presiones sociales análogas, pues es necesario entender que no sólo el imperialismo presiona o corrompe: también el pueblo y el drama nacional presionan y transforman. Por eso es posible ver que en Bolivia un militar puede vivir las condiciones de variabilidad política de una clase que no tiene destino si no es por la vía de la revolución. Cuando se estudia la historia de Bolivia, por ejemplo, es posible caer en la cuenta de que sus tres figuras más destacadas son tres militares; que los tres fueron grandes patriotas y que los tres murieron asesinados. Uno de ellos es Belzu, el otro es Busch y el tercero Villarroel. También recordaré que en el siglo xx la posición asumida por el presidente Villarroel fue combatida enérgicamente por el estudiantado de la época. Es cierto que Villarroel tenía una posición ambigua y vacilante; no sabía muy bien qué deseaba hacer; estaba rodeado de elementos contradictorios, unos revolucionarios y otros contrarrevolucionarios; había enfrentado tímidamente algunos intereses imperialistas, pero sin herirlos de muerte; había convocado un Congreso Indígena, pero sin hacer la reforma agraria; había apoyado desde el gobierno la sindicalización de los mineros, pero no había nacionalizado las minas. Entonces, la conspiración imperialista rosquera lo derribó, con la ayuda de múltiples izquierdistas y del estudiantado. Estos últimos contribuyeron al derrocamiento de Villarroel argumentando que el presidente no había llevado la revolución hasta el fin; mientras que la Rosca lo derribaba porque había intentado hacerla. Este hecho se ha repetido tantas veces en Bolivia y en América Latina que ya es posible sacar conclusiones generales y elevarlas a la categoría de una ley política. No importa cuán izquierdista sea la terminología: dime con quién andas y te diré quién eres, dime con quién coincides y sabré qué te propones.

Estoy aquí señalando a dos sectores de una misma clase social que deben unirse y no separarse si es que desean ambos que la revolución nacional, popular y socialista de Bolivia no ingrese al eterno *corsi e recorsi* de las revoluciones y de las contrarrevoluciones, de los intentos y frustraciones de que está hecha la historia de las luchas en América Latina. Por esa razón es preciso pensar con rigor y apartar todo verbalismo de la consideración analítica de los ejércitos latinoamericanos. Ustedes pueden ver por sí mis-

mos que el Ejército de la Argentina actual es un brazo armado del imperialismo extranjero. Pero es un Ejército totalmente diferente al Ejército de Perón, así como el Ejército de Perón era todo lo contrario de lo que había sido el Ejército del General Justo en la llamada «década infame» argentina (1930–1943). En otras palabras, esa misma fuerza militar de Justo era completamente antagónica al Ejército Argentino que había sostenido entre 1912 y 1930 al viejo caudillo popular Hipólito Yrigoyen, en su lucha por la instauración de la democracia política en el país. Esta variabilidad de las fuerzas armadas es también, compañeras y compañeros, una expresión de la variabilidad de la clase media civil en sus intentos de encontrar un camino propio, sometida como ha estado siempre sometida no sólo al relegamiento económico sino a algo mucho más terrible que la explotación económica, puesto que la refuerza y justifica: a la conciencia de conformidad con los intereses extraños.

Pero la importancia particular que el Ejército reviste en una sociedad semicolonial es que aparece como un elemento centralizador en una sociedad descentralizada, cuyas tendencias centrífugas son y han sido siempre alentadas por el imperialismo. No habiendo una burguesía industrial en Bolivia capaz de desempeñar el papel clásico del Tercer Estado frente a la sociedad arcaica ligada al comercio exterior, el Ejército tiende a desempeñar un rol sustituto, puesto que se trata del único factor interno con fuerza suficiente para adoptar decisiones. Para esto es preciso que en su seno disputen las ideas contradictorias que se enfrentan en toda sociedad semicolonial: aquellas que se proponen perpetuar la factoría minera, por ejemplo, o aquellas que aspiran a hacer de Bolivia un Estado soberano dentro de una América Latina unida e independiente. El Ejército también es un campo de batalla de esas ideas, y los estudiantes, como ala intelectual de las clases medias, deben buscar su alianza con los sectores militares más revolucionarios y nacionalistas de las fuerzas armadas que persiguen los mismos fines.

El imperialismo y sus aliados izquierdistas tienen una larga práctica para separar a los militares nacionalistas de sus posibles amigos de los sectores universitarios. Con motivo de los movimientos revolucionarios de Perú y Bolivia hemos visto desplazamientos muy curiosos que ilustran cuanto vengo diciendo. Sabemos que resulta muy sorprendente que el hombre que enfrentó al Che Guevara en Bolivia y el militar que hizo lo mismo con Luis de la

Puente Uceda en Perú sea la misma persona que está asestando duros golpes contra el imperialismo: la nacionalización de la Gulf y de la International Petroleum son dos ejemplos notables de esta enunciación. Ante estos cambios radicales numerosos izquierdistas, que en la Argentina llamamos «cipayos», se preguntan, «¡Cruel incertidumbre! ¿Será o no será?». ¿Será preciso que nos internemos en la biblioteca de la universidad y nos sumerjamos en la lectura de los clásicos, o deberemos proceder como hace el pueblo, guiado por su intuición profunda, esto es, aplaudir cada golpe asestado contra el imperialismo? La perplejidad de ciertos izquierdistas, que oculta una inveterada sumisión a la estrategia del imperialismo extranjero, se puso de manifiesto bajo su forma más maligna en Lima, hace pocos días. Una convención de estudiantes reunida en esa capital aprobó, bajo la inspiración de los grupos verbalmente más extremistas y políticamente más antinacionales y antimarxistas, una declaración por la cual censuraban a Fidel Castro a raíz del apoyo que el líder cubano prestara a la revolución militar peruana.

Según pudo verse, un sector del estudiantado limeño, de aquellos peruanos de la costa que gozan del privilegio acordado a muy pocos en América Latina que es el de ser pequeños burgueses que estudian, usan las luces de Occidente para enfrentar al gobierno militar que está realizando la misma reforma agraria por la que lucharon Luis de la Puente Uceda y sus camaradas caídos. Seis millones de campesinos liberados de la servidumbre y la infamia gamonalista no piensan del mismo modo que el puñado de izquierdistas que disponen de prensa y resonancia en Lima, como en otras capitales de América Latina. Sabemos que los caminos de la historia son complejos, sin duda crueles y a veces confusos, pero estas dificultades no pueden intimidar a los revolucionarios verdaderos. Los impacientes, en cambio, cuando se apartan de la ruta posible, terminan subvencionados, directa o indirectamente, por la Gulf.

La experiencia indica que es tan profundo el drama de América Latina, son tan débiles los acondicionamientos generados a través de un siglo de colonización, es tan frágil toda la estructura de la América Latina, que cuando la guerrilla no logra, por una razón u otra, consumir sus fines, brota en el otro extremo de la misma clase social una respuesta nacional y revolucionaria, que es la que ha dado el Ejército del Perú y el de Bolivia a la situación

intolerable de sus respectivos pueblos. Esto significa, para el que quiera oír y entender, que no hay solución reformista, no hay solución desarrollista, no hay solución imperialista ni solución democrático-oligárquica para la América Latina. De una manera u otra las necesidades profundas de la gran Nación Latinoamericana se abren paso, aun a través de oficiales educados en Panamá. Porque Estados Unidos, pese a sus denodados esfuerzos, no ha conseguido amigos Y ya son numerosos los ejemplos recientísimos de amigos de Estados Unidos, en los cuales los norteamericanos han gastado tecnología profusamente, que terminan traicionándolos. América Latina está llena de traidores a los Estados Unidos. Recordemos nomás al capitán guatemalteco Yon Sosa, entrenado en Panamá y que se internó luego en las montañas de Guatemala a practicar lo que le enseñaron los norteamericanos, pero al revés. Recordemos al coronel Caamaño, bizarro militar, también educado en Panamá. ¡Panamá es una escuela leninista, a la que alguna vez habremos de rendirle homenaje, porque si alguna vez fue la tumba de las ilusiones del Libertador, quizá de allí salgan los mejores oficiales patriotas de la América Latina!

Tenemos en esta materia ejemplos muy notables, además de los ya citados en Bolivia y Perú, como el del general Prestes, que antes de abrazar el comunismo era un reputado dirigente nacionalista del Ejército brasileño. Su patriotismo lo llevó hacia la ideología socialista pero el stalinismo aniquiló con su funesta política la reputación de Prestes y su antigua influencia. En nuestro país, la Argentina, naturalmente que todos ustedes saben que el mejor jefe militar resultó ser, a partir de 1945, asimismo el segundo caudillo popular del siglo xx, veinte años después de Yrigoyen. Me refiero al general Perón. Los ejemplos serían innumerables y las referencias históricas sólo están dirigidas a demostrar que es preciso dejar los criterios de sastrería a un lado cuando se trata de comprender en América Latina procesos políticos que no pueden ser entendidos según una clasificación puramente externa de civiles o militares.

Es necesario mantener la distancia crítica necesaria para que el pensamiento socialista pueda juzgar objetivamente los actos de los militares de acuerdo a su propio contenido, sin dejarse influir por la presión y el terrorismo ideológico de los imperialistas.

En los próximos veinte años América Latina atravesará un torrente revolucionario que deberá poner fin para siempre a la explotación imperialista. El crecimiento demográfico es irresistible y

pondrá al pueblo latinoamericano ante la disyuntiva de extinguirse por hambre o de hacer la revolución para vivir. Cada año que pasa ingresamos más profundamente en la decadencia biológica, el atraso y el analfabetismo. No hay poder humano, ni mucho menos el poder burocrático de las oficinas de la CEPAL, la FAO o la Unesco —esos grupos de recomendadores de oficio que estudian la gangrena con delectación— capaz de poner freno a la decadencia de América Latina, que alcanzará en el próximo cuarto de siglo la frontera de los 600 millones de habitantes. O decadencia biológica o revolución. La revolución, compañeras y compañeros, no se encuentra, me decía un compañero peruano, como pretenden encontrar yacimientos de oro algunos ávidos buscadores de minas, que sueñan con descubrir el oro amonedado. La revolución tampoco nos dará el oro amonedado. Vendrá mezclada con piedra, arena y escoria. Un revolucionario verdadero debe distinguir el oro de la escoria, debe distinguir entre los contendientes y ubicarse entre aquellos que luchan realmente contra el imperialismo, para evitar encontrarse junto al bando de los que luchan, aun sin quererlo, a favor del imperialismo. Un revolucionario verdadero, y mucho más si se proclama marxista, debe elegir entre el oro y la escoria, es cierto, pero debe saber rechazar la escoria y quedarse con el oro, pues hasta hoy viene ocurriendo exactamente lo contrario.

Esto no es tan simple como parece, compañeros. Cuando el gobierno de Bolivia asestó el 17 de octubre un golpe magistral al imperialismo nacionalizando la Gulf —17 de octubre que también es fecha cara al corazón del pueblo argentino— no faltó un izquierdista uruguayo, que también es periodista, capaz de sintetizar en un artículo y en una frase esa perspicacia de la izquierda cipaya latinoamericana que la lleva siempre a elegir la escoria en lugar del oro, y a sembrar sospechas alrededor de cualquier gobernante que enfrente al imperialismo en América Latina. Este periodista había viajado a La Paz en días posteriores a la revolución del 26 de septiembre y recogido los rumores con que habitualmente se alimentan ciertos especímenes del gremio en sustitución de las ideas y del sentido común. De regreso a Montevideo, publicó en el semanario «Marcha» un artículo titulado: «La Gulf dice o.k.» Infortunadamente para el izquierdista, esa edición de «Marcha» apareció exactamente el viernes 17 de octubre, en que las tropas del Ejército boliviano ocupaban los campos petrolíferos de la Gulf y

enarbolaban la bandera boliviana al tiempo que se daba a conocer el decreto de nacionalización. Atribuir complacencia al imperialismo por la aparición de un gobierno nacionalista, era contribuir a aislarlo, cuando más necesitaba ese gobierno sentirse sostenido políticamente en todas partes. Tal es la función de individuos y grupos análogos en América Latina. Con frases y arrestos de «izquierda», colaboran con el imperialismo. No es que sean traidores conscientes, en todos los casos. Con frecuencia se trata de simple estupidez. Pero, como decía Trotski, una estupidez elevada a semejante nivel, equivale a la traición. Este tipo de izquierda habladora y fantasiosa es una plaga en América Latina. Todo el «izquierdismo» suramericano suponía que el señor Ovando era una hechura de la Gulf, que todo era una trampita, que la Gulf, en realidad, estaba encantada con las medidas a adoptar. Esta especie singular de ceguera e impotencia del izquierdismo suramericano (particularmente de origen pequeño burgués comfortable, del género universitario semiculto) es preciso redefinirla porque resulta inaceptable prestarse al cotorreo izquierdista cuando está en juego el destino de un país. Es mucho más peligrosa una posición reaccionaria enmascarada de izquierda, que una posición derechista que se atreve a decir su nombre. En el momento político en que apareció ese artículo del charlatán uruguayo, y en que se manifestaban diversos sectores de la izquierda latinoamericana frente a las revoluciones militares de Perú y Bolivia, ubicarse en una actitud de recelosa desconfianza ante el gobierno que desafiaba al más poderoso imperio de la tierra, era actuar como izquierda de la Gulf. Y como esa izquierda de la Gulf tiene antecedentes trágicos en la Argentina, en el Uruguay, en Perú, en Bolivia y en todos los países de América Latina, ha llegado el momento de que afirmemos que todo aquel que se enfrenta a las revoluciones nacionales reales, o a los actos de esas revoluciones, no es un izquierdista: es un agente izquierdista del imperialismo. Y eso hay que decirlo y ratificarlo, porque la bandera del socialismo está unida al destino de nuestros países y no permitiremos que pueda ser usada al servicio del enemigo extranjero.

No podemos olvidar a este respecto los acontecimientos de México en 1938, cuando se nacionalizó el petróleo. En ese momento residía en México uno de los dos jefes de la Revolución Rusa y uno de los grandes maestros del socialismo del siglo xx, León Trotski. El gran revolucionario presenció la lucha del general Cárdenas, que le brindó generoso asilo ante la persecución de

que era objeto por parte del stalinismo y del rechazo de cincuenta países que negaron la visa de su pasaporte. Cárdenas nacionalizó el petróleo y los ferrocarriles. Como es sabido, el general Cárdenas no era un civil, ni un socialista, ni un marxista. Era el Jefe del Ejército mexicano, un nacionalista, un patriota. Los stalinistas no se atrevían a atacar a Cárdenas, aunque no podían prestarle un apoyo serio, pues exhalaban esa vaga aleación repugnante fruto de la mezcla de Stalin y Roosevelt. ¡Eran los tiempos del Frente Popular!

Cárdenas enfrentó al gobierno laborista británico, que naturalmente defendía al Imperio, a la democracia colonial francesa y a los cuáqueros norteamericanos que profesaban un respeto religioso por el dinero y el petróleo. Y sufrió un duro bloqueo internacional por su audacia. Pero obtuvo en esa oportunidad el apoyo solidario de Trotski, que escribió varios artículos en los cuales explicaba la naturaleza de la revolución mexicana y la significación de la nacionalización del petróleo. Él decía que los marxistas apoyaban sin vacilar la nacionalización, porque el objeto nacionalizado no era propiamente la propiedad de unos cuantos capitalistas privados: detrás del petróleo mexicano, decía Trotski, hay una flota gigantesca, una diplomacia, enormes ejércitos, grandes imperios que dominan el mundo. Amenazan al pobre México, con sus minas agujereadas por siglos de explotación, primero española, luego inglesa y finalmente norteamericana. No apoyar al general Cárdenas en su política nacionalista, agregaba, era ubicarse junto al imperialismo en los hechos y fanfarronear frases izquierdistas en palabras.

Yo repetiré aquí lo que Trotski dijo hace más de treinta años. Las medidas del general Cárdenas, en la opinión del gran revolucionario perseguido, no eran socialismo ni comunismo, sino medidas autodefensivas de salvación nacional. Y todo marxista está y estará siempre con la patria semicolonial contra los «civilizadores» del extranjero. Que esto quede bien claro, a la luz del último clásico del siglo xx. Que no haya ningún marxista, aunque se diga trotskista, que no esté en este momento con la defensa del petróleo boliviano.

Compañeras y compañeros: debemos librar un nuevo Ayacucho, pero no sólo por la soberanía económica y política de Bolivia y de la América Latina. También debemos librar un nuevo Ayacucho por la independencia creadora del marxismo latinoamericano que permita fundar la autonomía intelectual y ayude a em-

plear toda la instrumentación analítica del pensamiento socialista al servicio de la Patria Latinoamericana. En el inmenso campo de batalla entre las colonias y el imperialismo no hay ni puede haber una franja para neutrales, no puede haber un terreno donde mixtificadores seudo marxistas oculten con la hoja de parra de su fraseología revolucionaria su vergonzosa capitulación política ante el imperialismo. No vamos a permitir que el marxismo sea manipulado para facilitar la guerra imperialista contra un gobierno nacionalista acorralado. Declaramos categóricamente que en esta lucha todo marxista está junto al gobierno nacionalista, sin abandonar su independencia de clase y sin ocultar su posición crítica. Solamente interviniendo activamente en la lucha por la defensa del país y la expulsión del imperialismo, el proceso de la revolución nacional se transformará en socialista. Enfrente o al costado, no; adentro. Profundizando cada una de las medidas y estableciendo críticamente las distancias con respecto a los contrarrevolucionarios y los agentes del enemigo que están en los propios gobiernos nacionalistas, como es notorio aquí y en toda América Latina. Se establecerán así los puntos de partida para la creación de un partido obrero revolucionario independiente dentro de la lucha por la nacionalidad latinoamericana.

Este es simplemente un episodio de una guerra larga. Pero cada revolucionario debe saber inequívocamente que su puesto está en la lucha contra el imperialismo y sus agentes nativos, enemigo fundamental de nuestros pueblos. Esta es la regla de oro para conducirnos políticamente. Hay que saber usar las lecciones de la historia; hay que emplear los instrumentos culturales que cuatro millones de bolivianos que no pueden tener todavía acceso a los libros han dado a un reducido núcleo de la clase media boliviana, la pequeña burguesía letrada. Hay que usar los libros bien. Hay que distinguir bien la diferencia entre los amigos, los aliados, los enemigos. Es imposible hablar vanidosamente de universitarios ilustrados o clase media esclarecida cuando todavía se está vacilando en elegir entre Peñaranda o Villarroel, o entre Siracusa y Ovando.

En definitiva, compañeras y compañeros, es imperioso distinguir primero, elegir después y actuar siempre junto a cada patriota que se alce en la América Latina o en Bolivia, venga de donde viniere, dispuesto a librar su combate contra el imperialismo. De otro modo el marxismo no vendría a ser un modo de liberación sino una nueva clave de la dependencia. Y nosotros, los

marxistas latinoamericanos, proclamamos el Ayacucho del socialismo latinoamericano, la independencia del tutelaje extranjero y unimos de una vez para siempre a Bolívar con Marx, en la lucha por los Estados Unidos de América Latina.